

ESPAÑA Y AMÉRICA

PERIÓDICO ILUSTRADO

BELLAS ARTES — CIENCIAS — LITERATURA — SPORT — MODAS

Año I

DIRECCIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Teléfono 514.

Madrid, 11 de Diciembre de 1892

ADMINISTRACIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Apartado 210.

Núm. 50

Este periódico se publica todas las semanas, y se regala á los suscriptores de obras, en grupos de á cuatro, de la Casa editorial de la Viuda de Rodríguez.
Por números sueltos se vende en todas las librerías y Administración del mismo al precio de 50 céntimos de peseta.



LA CONCEPCIÓN
(DE MURILLO)

SUMARIO

TEXTO: *Crónica*, por J. G. M.—*La mejor jugada*, por M. Corral Caballé.—*Noches de invierno*, por J. Durbán.—*Serenata*, por Manuel S. Pichardo.—*Exposición internacional de Bellas Artes*, por José de Siles.—*Exposición histórico-americana: La instalación del Uruguay*, por F. T.—*Presentimiento*, por Alfredo López Alvarez.—*Angel redentor*, por Alejandro Larrubiera.—*Atomos*, por M. Pérez de la Manga.—*Los mundos marchan*, por M. Ferrer y Lalana.—*Esplín*, por Federico de Sancho.—*En plena fantasía*, por Armand Silvestre.—*Loca de amor*, por José Borrás Bayonés.—*Camino de la dicha*, por Antonio Palomero.—*Nuestras ilustraciones*.—*Advertencias*.—*Importante*.—*Anuncios*.

FOTOTIPIAS: En Guignol: Los palos del Pierrot.—Cisneros, fundador del Hospital Santuario de la Caridad de Illescas.—Instalación de la República del Uruguay.

GRABADO: La Concepción (de Murillo).

CRÓNICA

A semana que acaba de terminar ha sido eminentemente política. Se ha deshecho un partido de gobierno, tan grande, de tan brillante historia como el partido liberal conservador, dirigido por el ilustre estadista á quien fuera de España se conoce por el sobrenombre del restaurador de la Monarquía, el autor, en suma, de la Restauración.

Deshecho el partido, caído el Gobierno, la disidencia se hace cada vez más visible, y fuera error insigne poner la esperanza en arreglos inverosímiles, en tardíos arrepentimientos, en sacrificios que seguramente la realidad, con sus crudezas, haría totalmente estériles.

Este suceso es, sin embargo, de tamaña magnitud, que á despecho de la moda imperante, que hace decir á los más que no es la política precisamente lo que interesa á los pueblos—por lo que no sería raro ver un día cualquiera que los innovadores á la violeta sustituirían por la flor de la patata la escarapela del maestrante ó del santiaguista,—este suceso, decimos, es de tanta trascendencia, que no vacilamos en afirmar que son pocos, muy pocos, los que de su gravedad se han dado cabal cuenta.

En el orden político imperante es indispensable la existencia de dos partidos de gobierno.

Luego la desaparición de uno de ellos no puede menos de traer consigo el planteamiento del más grave conflicto.

Cierto es que el partido liberal conservador no ha llegado á tal extremo de descomposición que se pueda decir que ha desaparecido. Pero ¿qué tiempo no será preciso aguardar hasta que vuelva á tener aquella organización modelo que la indisciplina ha perturbado por modo tan expresivo como la abierta lucha contra el hasta aquí indiscutido jefe?

* *

Mucho, en verdad, podríamos decir de este triste acontecimiento, que no son los tiempos que corren tan bonancibles,—con serlos, por fortuna, aquí en España, harto mejores que en el resto de Europa,—para que se pueda ver con indiferencia la desorganización de un tan probado instrumento de gobierno como el partido que acaba de provocar, con sus luchas intestinas, la vuelta al poder de las huestes liberales que manda el Sr. Sagasta.

Pero ni el momento es oportuno, por razones del más vulgar patriotismo, ni el espacio de que disponemos nos lo permitiría, ni son, en fin, estas *crónicas*, trazadas al correr de la pluma, sino una mera y sencilla información de lo más culminante que acontecer suele en el mundo político.

Ello es que cayó del Poder el partido conservador, y que desde aquel punto y hora entró en la Jerusalén bendita el Sr. Sagasta, del cual hay en verdad que hacer un elogio: que ha formado un Ministerio de tamañas personalidades, que no las hay seguramente mayores en el partido liberal.

La suma de prestigio y de autoridad que el actual Ministerio representa, es sobrado motivo para que sus partidarios y hasta sus adversarios abriguen la esperanza de que ciertos males desaparezcan pronto.

No hay para qué ocultar que la opinión general ha sido favorable á la constitución del

nuevo Ministerio, á pesar de que la caída del poder de los conservadores no ha podido menos de llevar la zozobra á muchos ánimos. Está, pues, hoy más obligado que nunca el partido liberal á corresponder á esta actitud del país.

Dios haga que los hechos no desmientan los buenos propósitos que pueda traer el Sr. Sagasta y sus conspicuos compañeros de Gabinete.

* *

La semana ha tenido otra nota importante. Las fiestas de la infantería española.

No hemos de reseñar aquí lo que detalladamente y día por día ha dado á conocer la prensa de todos los matices políticos, unida, sin embargo, en el aplauso que á los generales, jefes y oficiales ha tributado el país entero.

Hay, no obstante, quien sospecha si detrás de aquellos banquetes y aquellos alardes de plausibles fraternidades podrá ó no haber su tanto de interés político. Pero ¿cómo hemos de recoger nosotros semejantes sospechas?

Más fundamento podrían tener esas sospechas si hubieran nacido al pie de la estatua del general Cassola—inaugurada también esta semana última,—y de hacerlas desaparecer se encargó elocuentemente el general Borrero.

Ello es que la infantería española, cuya brillante historia es la historia misma de España, se presenta en estos momentos tan bizarra, tan entusiasta, tan amante de la patria y de la monarquía como pudiera apetecer el más exigente.

Digamos, pues, con ella: ¡Viva España! ¡Viva el Rey!

Y digamos á ella:

¡Viva la Infantería española!

J. G. M.

LA MEJOR JUGADA

Todo el día se le pasaban Rafael y Luis haciendo cálculos y combinaciones en busca de una *martingala* que les pudiese sacar de apuros; pero el pícaro *monte* y el *bacarrat*, dos juegos, español el uno y francés el otro, se habían empeñado en llevarles la contraria. La ropa que encerraron sus baúles

habíase convertido en papeletas de empeño; por falta de cumplimiento en el pago, la patrona les había amenazado con suprimirles los garbanzos que, aunque duros, eran más substanciosos que una ración de aire. No había en Madrid ni un amigo, ni un conocido á quien no hubiesen sableado; los ingleses les habían puesto sitio en toda regla, y les era hasta difícil salir á la calle; pero eso sí, buenas intenciones no les faltaban; el día que estuviesen de buenas, que la suerte se mostrara tan pródiga con ellos como adversa lo había sido hasta entonces, pagarían á todo el mundo y serían capaces de dar un banquete en Fornos, en los Cisnes, en el Inglés, á media humanidad.

Del dinero recibido de sus familias, no les quedaban más que cinco duros en un billete, de los que por su color son conocidos por el nombre de cangrejos.

—Mira, en las circunstancias en que estamos no hay más remedio que irse á jugar, á ver si la suerte nos ayuda y ganamos los cincuenta duros que nos hacen falta; pero antes, y como quiera que los jorobados tienen buena sombra, no estaría demás que restregásemos el billete por la mochila del chico de la portera,—dijo Rafael.

—Bien pensado, y manos á la obra.

Los dos amigos abandonaron el cuarto, y después de dar al billete una de restregones sobre la giba del hijo de la portera, encamináronse en derechura de una de esas casas que, bajo el título de círculos políticos, son otros tantos garitos de más ó menos lujo.

Con la plena seguridad de que iban á ganar, pues el jugador es muy supersticioso, entraron en la sala de juego.

—Tres golpes y á casa,—dijo Luis, poniendo los cinco duros á una sota contra un rey.—Son mis favoritas,—añadió.

—Y mías también, por ellas andamos de esta manera.

La sota respondió á la confianza de los estudiantes.

Otro talla; los diez duros se convierten en veinte.

—Bien por el jorobeta; este golpe y á casa; si ganamos, prometo comprarle al mochila una trompeta para que deje sorda á toda la vecindad,—dijo Rafael.

El albur cayó sobre el tapete, era una sota y un cinco.

—Ahí esta la nuestra,—dijo Luis con alegría.—Ahora no falla,—añadió,—poniendo los veinte duros á la sota.

El *banquero* volvió la baraja, empezando á descubrir juego.

Rafael contemplaba las *pintas* con afán, al par que, contando las cartas que salían, decía á su compañero:

—Una al cuatro, dos al rey, saltó y vino el cinco. ¡Maldita suerte, en cuanto *pesque* al jorobeta le rompo la mochila!

—Al fin mujer, nos ha partido.

—¿Y ahora qué hacemos?

—¡Irnos á tomar el fresco!

—¿Cómo pagar á la patrona?

—Alto ahí, doña Mónica no va á ser preferida sobre los demás. Nosotros no pagamos á nadie.

—Nos hemos lucido.

—Como siempre; pero basta de lamentaciones, que á nada conducen, tengo una idea que puede sacarnos de apuros.

—Tú.

—Yo, sí; no te admires, antes de tres días nos hemos salvado.

—Ay, si tal hicieras sería capaz de levantarte una estatua, hecha por mí, y con barro de Alcorcón.

—Haz un puchero, y te resultará casi lo mismo.

Llegó la noche; Rafael, vistiéndose lo peor que pudo, desfigurándose el semblante con un pañuelo colocado como si tuviese dolor de muelas, fué á situarse á la puerta del casino, del que tantas veces salieron con las manos en los bolsillos y sin un céntimo; su amigo se dirigió á la sala de juego, diciendo á cuantos querían oírle:

—Hoy he tenido mala suerte y ya sé la causa.

—¿Por qué?—le preguntaban los supersticiosos con avidez.

—¿Ustedes no han visto un pobre que á estas horas se coloca en la puerta del casino?

—¿Cuál?

—Uno que lleva un pañuelo en la cara; pues bien, siempre que le doy dos pesetas de limosna, gano; hoy cuando vine aquí no le vi en la puerta, y tengo la plena seguridad que por no haberle dado las dos pesetas, lo perdí todo.

Lo dicho por Luis fué más que suficiente para que cayesen las monedas con abundancia en el sombrero de Rafael. En tres noches recogieron más dinero del que en realidad necesitaban para pagar á la patrona; pero ¡ay! que á la cuarta noche, viendo los jugadores que ni con limosna, ni sin ella podían ganar, la emprendieron á palos con el improvisado mendigo, que gracias á la ligereza de sus pies, pudo salvar las costillas de una buena serie de verdugones.

Desde entonces, cuando le hablan de juego, dice:

—La mejor jugada es lo que uno puede ganarse con su trabajo.

M. CORRAL CABALLÉ.

NOCHES DE INVIERNO

De frío mueren las tardías rosas,
vencen las noches á los breves días.

¡Oh, largas noches del invierno frías,
mis dulces compañeras cariñosas!

Vuestras heladas sombras misteriosas
consuelo dan á las desgracias mías,
y en vuestro seno son mis alegrías
más dulces, más eternas, más hermosas.

El astro anunciador de la fortuna
nace en las noches frías y serenas
rojo y sangriento en su invisible cuna.

Y perdiendo la sangre de sus venas,
blanca se torna la sangrienta luna
para vestir de blanco nuestras penas.

J. DURBÁN.

SERENATA

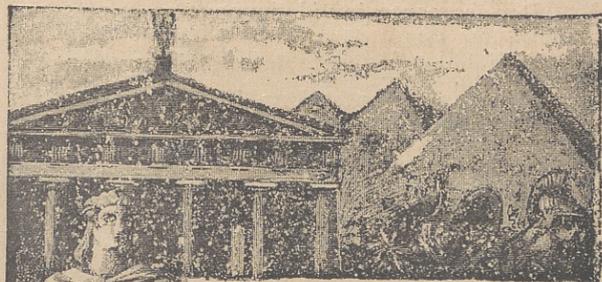
Enclaustrado ideal á quien adoro,
de frente de marfil y áurea guejeja,
sal á la ojiva, adonde va mi queja
volando en alas del laúd sonoro.

Tú eras mi castellana y yo el rey moro
que ronda, trovador, bajo tu reja,
donde la luna pálida refleja
su corva luz entre platino y oro.

Aunque á la voz del plectro no respondas,
descorre la calada celosía
y déjame que al ver tus trenzas blondas,
admire en medio de la noche el día.
Aun el alba está lejos; no te escondas;
¡no es hora de que sueñes todavía!

MANUEL S. PICHARDO.

||o||



EXPOSICIÓN INTERNACIONAL
DE BELLAS ARTES

V
LAS SALAS EXTRANJERAS

ON mayor ó menor contingente, han contribuido á la formación de estas salas todas las naciones cultas, menos Italia, la patria de las artes en la época del Renacimiento.

Francia y Baviera son los países que han enviado más obras. Francia sola ha remitido 300; Baviera,

90; Austria-Ungria, Bélgica, Brasil, Estados Unidos de América, Gran Bretaña, Méjico, Portugal, Rusia y Suecia y Noruega, que son las naciones expositoras, se hallan representadas por unas cifras tan exiguas que el número resulta ridiculo.

Y aquí de Salillas.

Este distinguido vulgarizador de ciencias antropológicas, se verá comprometidísimo al encasillar, en su flamante *Geografía de los artistas*, los lienzos de las salas extranjeras.

Hay artistas cuyo lugar de nacimiento y el de florecimiento radican en opuestísimos países. Hay otros que pintan de un modo diametralmente distinto á sus maestros. Hay unos, en fin, que son artistas verdaderos, y otros que han equivocado la carrera.

No es buen sitio una Exposición, adonde se concurre entre infinidad de circunstancias, para formar estadísticas de genios.

Hoy el arte es cosmopolita. Y siempre el arte, que nunca dejó de ser una manifestación espontánea é irresistible de ciertas inteligencias, nació y floreció en los rincones menos sospechados del mundo.

Casi estoy por decir que los grandes centros de cultura no producen sino pedantes, vocaciones faltas, medianías.

La poesía busca por cuna las almas solitarias, los hogares oscuros, las tierras cercanas al cielo, apartadas del estruendo de las vanidades humanas.

Todo esto va dirigido al Sr. Salillas, á fin de que tome nota para sus artículos de *El Liberal*.

En lo que no cabe duda, donde, á pesar del nivel que la rotura de fronteras pone sobre el pensamiento, se notan diferencias de bulto, es entre nuestra pintura y la extraña.

No necesitáis ser pedagogo en arte. Basta con que tengáis ojos, un corazón que no sea una vejiga de hiel, y un espíritu abierto á todas las impresiones directas.

Entrad en los salones de nuestros pintores, en esta Exposición. ¿Qué veis? En casi todas partes tragedias de sangre, envueltas en atmósferas bituminosas.

Brilla poco la risa en nuestros cuadros. Somos un pueblo que guardamos mucho luto en el corazón y mucho llanto en los ojos. Por este lado, nuestros artistas son los genuinos descendientes de Ribera y Zurbarán.

¿Ríe el sol, por acaso, en algún lienzo? Es que por allí se extiende el cielo cristiano, el horizonte místico hacia donde vuelan las Vírgenes de Murillo, las Vírgenes más vírgenes de todos los pintores.

Si aun redobla la atmósfera su claridad; si el pedazo de tela parece un jardín de flores, es que allí se celebra una fiesta popular nuestra, y el genio de Goya salpica su paleta extraña, esa paleta que parece compuesta de esmeraldas, de rosas y de yemas de huevo.

Hé ahí los rasgos que retratan la fisonomía de nuestra pintura.

También Velázquez, desde sus penumbras misteriosas, asoma los perfiles de sus Meninas, de sus Mendigos y de sus Caballeros. Pero todo esto asusta, Velázquez da miedo á los artistas.

Velázquez es una montaña que parece de aire y es de piedra solidísima.

Pues bien, además del color sencillo y natural, de la brillantez de los conjuntos, de la violencia de las escenas, de la gallardía y casi rudeza

de los personajes, también la solidez es otra de las señales características de nuestra pintura.

Penetrad ahora en las salas francesas. ¡Qué desnudas tan lindas! ¡Qué elegancia de líneas! ¡Qué gracia en la composición! ¡Qué gusto tan refinado en la elección de asunto!

Allí se ve al pueblo ateniense del siglo décimonono, alegre, mariposeador, estético por excelencia. Se ve á la gran personificación de Francia. Se ve en todo aquel genio desparado por mármoles, bronce, lienzos y cartulinas, á una inmensa *cocotte*.

La seducción, por medio de la sensualidad, atrayendo, acariciando, adurmiendo al público. El arte francés está siempre delante del espejo. Nunca pierde la *pose*. Es un país meridional y latino, hasta los tuétanos.

En las otras salas, bien se conoce que estamos en el Norte en países germánicos, estamos en la romántica Baviera, en la palaciega Austria Hungría, en la burguesa Bélgica, en la nublosa Bretaña, en la glacial Rusia, en la marinesca Suecia y Noruega.

¡Qué actitudes tan acompasadas! ¡Qué apacibilidad idílica! ¡Qué claridades crepusculares! ¡Qué suavidad de tintas! ¡Qué discreción de colores!

Pero, hora es ya de que reseñemos esta sección de nuestra Exposición internacional.

FRANCIA: Los cuadros mejores son ya conocidos.

Es de advertir que los artistas extranjeros han hecho muy poco expresamente para este certamen.

La mayoría de los expositores franceses se presentan fuera de concurso.

¡Delicadeza que linda con el desdén!

Nos sale al paso el insigne León Bounat con sus famosos *Retratos* del Cardenal Lavigerie y de Renán.

El Cardenal aparece meditando, con la pluma en la mano, cerrados los ojos. Quienes conocen al ilustre Prelado afirman que no es su expresión habitual la de la tranquilidad. Y nosotros confirmamos además lo que la crítica dijo cuando este retrato se expuso en el salón de París del 88. Es á saber: que es un cuadro duro, de pesada factura. Predomina el rojo en él, y esta nota irritante atrae la vista.

El *Retrato* de Renán es, por el contrario, una nota negra. Hay extraordinario vigor, sorprendente estudio del detalle, poderoso relieve.

Del mismo Bounat es un cuadro á lo Velázquez: *San Vicente de Paúl ocupando el lugar de un sentenciado*. Se ve en este cuadro la influencia de las escuelas españolas antiguas.

Otro famoso *Retrato*, el de S. S. León XIII, hecho por Chartrán. Es una mancha roja y blanca. Parécenos que la egregia figura se halla, no sentada, sino pegada al sillón.

El laureado artista Julio Lefebvre expone *El tocador* y *Diana cazadora*. Esta es una niña delgadísima. No nos da idea de la diosa que representa.

Es lindísimo el *Retrato* de la señorita E. de P., por Machard, mi «primera medalla». El *Retrato* de la esposa del pintor, al pastel, es también muy hermoso.

Titúlase *Arrius en el Concilio de Nicea*, un cuadro descomunal, por su tamaño, de Sallé. Es un lienzo hermosísimo, de linterna mágica. Los artistas que se dan á pintar esta especie de impresionismo fantástico, trabajan en el vacío. La época actual quiere cosas sólidas, figuras reales, con sus señales y pelos. Estas pinturas parecen pintadas durante el sueño.

Carolus Durán, un nombre simpático para los españoles, pues ha pintado nuestras costumbres y estudiado nuestros museos, exhibe dos *Estudios*: uno de *Cabeza* y otro de *Desnudo*. En ambos se nota una distinción, una alegría de tonalidad, una franqueza, verdaderamente adorables.

Carrier-Belleuse, mi «medalla de honor» presenta cuatro *pasteles* encantadores. El titulado *Bailarina leyendo*, es muy original.

Otros artistas, primeras medallas y medallas de honor: Ablet, que exhibe *Junio, La marquesita* y *El baño público*; Benjamin Constant, *El caid* (Marruecos); Boudin, *La vuelta de las barcas, Barcas á la vela* y *El muelle de Ville-Franche*; Brown, fallecido, *Reunión de cazadores* y *El abrevadero*; Gagniat, *Impresión de una mañana de otoño* (pastel); Colin-Libour, *Un curso de dibujo, La Nipatina*; Flandrin, *Un grupo de árboles*; Français, *Paisaje*; Gerôme, *El desierto, La retirada, Le mirmillón*; Laudelle, *Náyade, Santa-Hilandería*; Lepine, *El mercado de manzanas, orillas del Senti*; Lemathe, *Santa Maria Magdalena*; Leray, dos cuadros sobre costumbres de Argelia; Maillart, *Madre joven, Maternidad divina*; Martín, *Soledad*; Priou, *Duo veneciano, La cena del pobre*; Renard, *Retrato*, y Saint Pierre, *La Aurora* (decorativo) y *La mujer del Hadji*.

Hay un cuadro de Meissonier, *El lector*; obra y artista ya juzgados, sobre los que no haríamos sino repetir lo que por la crítica se ha dicho.

El gran «decorador» contemporáneo, Punis de Charannes, expone un cuadro magistral, *Degollación de San Juan Bautista*.

Finalmente, la célebre pintora de animales, la señorita Rosa Bonheur, expone, entre otros cua-

dros, varias *Cabezas* de estudio de perros, que son una maravilla.

Entre las esculturas son de notar, *Trompetero* en tiempo de Luis XIII, bronce, de Julio Bonheur, obra vigorosa y elegante; un yeso, de Fremiet, *Perro herido, corriendo*, y los bronce *Credo, Alguacil, Mayoral, Un gorila cogiendo una mujer, y Gatito*, de fina factura. Un yeso, *Ofelia*, algo tosco, de Granet; *Mujer jugando con un niño*, grupo delicioso, de Hugues; estatua para un *Mausoleo* (mármol), y los bronce, *Diana y Aragonés*, de Lauson; un mármol soberbio, *Bañista*, de Lonis-Noel, y *La victoria*, fragmento en bronce, vigoroso á par que ligero, de Ronlleau.

Y ya que no nos es posible otra cosa, seguiremos enumerando, por penosa que resulte la tarea, las principales obras de las otras naciones.

BAVIERA: Tiene verdad y sentimiento el *Paisaje de invierno*, de Andersen.

Hay realidad y fantasía en el cuadro *Aguardando*, de Bartels; así como se experimenta una paz idílica contemplando el cuadro titulado *Borrregos*, de Bergmann.

Nuestra Señora de las Angustias, de Corinth, es un cuadro que os deja perplejos. Cristo, sobre un lienzo, se halla tendido en tierra. Su santa Madre le contempla, arrodillada, con suprema angustia. Hay allí dolor humano. Pero la entonación violácea, las carnes amoratadas, casi negras, del Salvador muerto, son de un efecto extraño á todo sentimiento religioso.

El *Cazador con perro*, de Eilers, es un sentido estudio de la naturaleza.

Eisenhut revela ser un artista original. Su *Guardián atento*, en que dos muchachas desnudas, aprisionados los pies en cepos, son guardadas por un soldadote turco, es un cuadro nada vulgar.

Kaulbach presenta dos *Retratos*, sobrios, expresivos, palpitantes de naturalidad.

Es lindísima, ideal, incomparable, la cabeza de estudio, titulada *Margot*, de Max. Público y artistas se agrupan ante este cuadro formando círculo de admiradores.

El bronce *Indio*, de Miller, tiene esbeltez y vigor.

Es admirable el *Retrato* de la Princesa Elvira de Baviera, por la Sra. Muklthaler, hecho al pastel.

La oración de Schamyl antes de la batalla, por Roubaud, es un cuadro de profunda melancolía, no exento de grandeza.

BÉLGICA: Sólo está representada por Bougard, *El molino* de Dieghem.

BRASIL: Sólo un representante: Texeiras, *La primera comunión en América*, sin entonación, con colores chillones, fresco á trechos y á trechos luminoso, pero todo él mal dibujado.

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: Tuller y Shields Clarke son únicamente quienes representan en arte á aquella vasta región.

El grupo en yeso de este último artista, *El lagar*, es obra imponente por su trabajo y dimensiones.

Una dama, la Sra. Pallok, con una marina del sardinero, es la sola representante de la GRAN BRETAÑA.

MÉJICO: Dos artistas, Becerra y Mendoza. PORTUGAL: Benarus, discípulo de Bounat, *Un canto de iglesia* y *Una hilandería*, y Ribera Duarte, *Entrada del puente de Triana*.

RUSIA: Vallgreu, *Vaso funerario*, en bronce. SUECIA Y NORUEGA: Normaun, dos *Marinas*.

Finalmente, AUSTRIA-HUNGRÍA, el Sr. Ballo y la Sra. Fanny Rosenbaum.

Tal es la sucinta reseña de los artistas y de las obras más características de las salas extranjeras.

JOSÉ DE SILES.

EXPOSICIÓN HISTÓRICO-AMERICANA

LA INSTALACIÓN DEL URUGUAY

ENTRE las que más descuellan por su elegancia y exquisito gusto artístico en las exposiciones históricas, figura indudablemente la preciosa instalación de la República Oriental del Uruguay, cuya reproducción damos hoy á los lectores de ESPAÑA Y AMÉRICA.

Los objetos que podía presentar el Uruguay á la Exposición, si bien de un gran valor científico como documentos etnológicos legibles sólo para el sabio, no podían tener gran atractivo para la generalidad de los visitantes, como lo tienen, por ejemplo, los objetos de oro de Colombia, la cerámica de los incas ó las grandes reproducciones monolíticas de Méjico. Los aborígenes uruguayos, que estaban en un estado completamente salvaje, no han dejado más vestigios que pedazos de piedra pulida, bolas, puntas de lanza ó flechas, morteros, cerámica rudimentaria, etc., objetos que, colocados en una vitrina, muy poco hubieran llamado la atención general. Pero presentados como lo han sido, todos los

que visitan la Exposición, aun los profanos, se interesan en conocer las joyas científicas encerradas en tan artístico estuche, aprecian su mérito, aprovechan el examen y reconocen que el Uruguay ha ofrecido en ese grupo de piedras una prueba de su estado de adelanto científico.

La instalación es un pabellón de cuatro metros de base por seis y medio de altura, en cuyo estilo se han fundido las líneas del gótico con el renacimiento, que eran las predominantes en España en la época del descubrimiento. Sobre el zócalo se levantan las cuatro vitrinas que contienen los objetos etnológicos que, merced á esa colocación, pueden verse con mucha luz y por todos lados: son los que mejor pueden examinarse en la Exposición histórico-americana. La circulación alrededor de las vitrinas es fácil, pues cuatro grandes portadas de metro y medio de ancho dan amplio acceso al centro interior del pabellón, cerrado por un elegante cupulín artesonado, azul y blanco (colores nacionales del Uruguay) y con filetes y molduras de oro.

En el friso superior, y bajo el almenado de estilo que corre bajo la cornisa y la balastrada superior, se ostentan ocho medallones al óleo debidos al pincel del notable artista D. Manuel Ramírez, que representan, ya el retrato de D. Juan Díaz de Solís, descubridor del río de la Plata, ya el tipo del primitivo habitante del Uruguay, ya escenas ó símbolos del descubrimiento y conquista de aquel territorio. Cada uno de esos lienzos merecería un examen especial: son todas ellas hermosas composiciones y manchas de color llenas de vida y energía; pero ese examen no cabe en el espacio de que podemos disponer.

Corona el pabellón el escudo nacional del Uruguay, pintado también por Ramírez, en sus dos frentes principales; y dos escudos con inscripciones de oro sobre fondo azul en los testeros laterales.

Los objetos presentados en las vitrinas, correctamente clasificados, denuncian la edad neolítica en que se encontraban los aborígenes uruguayos. Una de las vitrinas, ofrece especialmente numerosos ejemplares de la bola de piedra con ranura, arma de caza y guerra característica de aquellos indios. Las otras dos, presentan hachas de piedra, rompecabezas, morteros, rascadores, pulidores, taladros, puntas de lanza, flecha y dardo, y demás utensilios y armas de piedra halladas en los paraderos y aluviones modernos. Y por fin, en la cuarta, se exponen los objetos hallados recientemente en los túmulos ó sepulcros de indios, que abren nuevos horizontes á las investigaciones etnológicas: cráneos, urnas cinerarias, fragmentos de cerámica rudimentaria, en la que ya se revela el arte de la línea en curiosos dibujos que buscan cierta simetría y elegancia, y otros objetos hallados junto á los restos humanos, que permiten fundar presunciones relativas á los ritos funerarios, y, por consiguiente, á las creencias y supersticiones de aquellas gentes primitivas. La instalación de la República oriental del Uruguay ofrece, pues, el doble interés artístico y científico. Llamada la atención del visitante por la elegancia artística del continente, más fácilmente se fija en la importancia científica del contenido, digno por muchos conceptos del más detenido estudio.

F. T.

PRESENTIMIENTO

I

—Perico, el hortelano,
el mozo más apuesto de la aldea,
está con mi cariño tan ufano
que va á pedir mi mano
y no extrañe usted, padre, que á él le crea:
¡me quiere tanto, está tan decidido
que ya le considero mi marido!
—¡Caramba! ¿Qué me dices?
—Que me voy á casar; ¡bien poca cosa!
Periquillo me quiere hacer su esposa
y yo...

—¡Claro!

—Seremos muy felices,
¿no es verdad, señor cura?
—Allá veremos.
Si eres buena, quizá...

—¡Qué tontería!

Yo soy mucho más buena cada día.
—Entonces...

—¡Lo seremos!... ¡Lo seremos!...

—Que es mucho asegurar, se me figura,
no obstante, tú procura
para que no fracasas,
una vez que te cases
no olvidar tus deberes,
cosa poco vulgar en las mujeres,
y sin darte reposo
debes desempeñarlos cariñosamente.

¿No sabes que las faltas de la esposa
las tiene que purgar luego el esposo?
—¡Si él es un bonachón!

—¡Por eso mismo!

—¿Dios castiga á los buenos? ¡Qué cinismo!
—¡Jinojo, con tus prontos!

Los maridos que están en ese caso,
son buenos, eso sí, no me propaso,
pero en cambio ¡son tontos!

—¿Y qué?...

—Pues lo que digo,
es que ahí tienes la causa del castigo
y si no fuera tarde... En fin, te dejo.
Abur, y mi consejo
no olvidarle procura.

—¡Vaya, muy buenas tardes, señor cura!

II

—¿Por qué vienes corriendo, Marujilla?

—La causa es muy sencilla:
¡mi marido se muere!

—¡Qué bobada!

¿Y por qué?

—Yo no sé ¡por casi nada!
Sin esposo me quedo
y así vivir no puedo...

¡Mi dolor es profundo!...

—No te apures por eso ¡qué demonio!
Que nunca ha de faltar algún bolonio
que no entienda ni jota de este mundo
y cargue con la cruz del matrimonio.

—¿Yo casarme otra vez?

—No desatino

ó si no ¿por qué lloras? No adivino...

—Porque ese maridito á quien quería
con tanta idolatría

una vez que se muera, derechito
tiene que ir al infierno el pobrecito!

—¡Me enfada la tontuna!

El á la gloria irá sin duda alguna,
que al cielo va al instante
aquel que á la virtud no puso raya,
y él...

—Fué bueno, eso sí, pero no obstante
¡mucho me temo padre, que no vaya!

ALFREDO LÓPEZ ÁLVAREZ.

ÁNGEL REDENTOR

(CRÓNICA MADRILEÑA)

I



L, el calavera empedernido, respetar el pudor de Consuelo, aquella niña inocente que le decía en sus coloquios de balcón á balcón: «Vecino, usted, como todos los hombres, debe ser muy malo.» Bueno sería andarse con timideces propias de inexperto colegial en tales kalendas, cuando una barba de profeta bíblico orlaba su rostro en el que las noches de insomnio y las batallas de la Venus más alocada y complaciente, habíanle regalado ese color pálido que indica carencia de glóbulos rojos en la sangre.

Los que no conociesen la vida íntima de Agustín, creerían de buena fe que el joven se entregaba al bullicio mundanal y se arrojaba á empresas temerarias por su temperamento. Aun más: juzgarían éste vicioso ó criminal. Opiniones que forja el vulgo necio que cree conocer los libros humanos sólo por la pasta y encuadernación que ofrecen á la vista. Agustín—escuchad su historia tan breve como la dicha, y tan cruel como el remordimiento—allá en sus floridos abrigos, cuando aun no había en su labio ni asomos de bigote, amó, con los impetus de la juventud é ilusión primera, á una linda muchacha; Rosa de nombre y rosa por la fragancia virginal que parecía emanar de su cuerpo hermosamente juvenil. ¡Bah!, dirá algún lector sonriendo con desdén, amorcito tenemos, ¿á que el tal Agustín pára en ser desgraciado por su causa, y esta causa motiva el que, transformándose de tímido cordero en rugiente león, se cuela con no muy sanos propósitos en el redil femenino y allí hace mangas y capirotos con cuantas topa al paso?... ¿A que el excéptico hace una hecatombe de la virtud?... Apuesto doble contra sencillo que éste es el busilis del articulejo.

Y tú, lector, que tal discudieses, ganarías la apuesta, caso que yo por soberbia quisiera admitirtela... Ya sé yo que para muchos esto del primer amor es una pequeñez que sólo agigantan cerebros hueros de sentido práctico.

Precisamente la vida humana no es más que una suma de pequeñeces y tonterías; quitad éstas y aquéllas y el hombre resulta un ángel: cosa imposible.

Sigamos el cuento: Agustín gastó en aquellos sus primeros amores tesoros de ternura pasional. Poco previsor, basó sobre la arena movediza de la fantasía no sé qué edificio de ventura. La piqueta de la realidad demolió el edificio, y Agustín se llamó á engaño y maldijo su mala fortuna al verle caído en tierra.

Y no supongas, lector mío, que «ella», la eterna «ella» ocasionó tal ruina con su engañoso proceder, no. Rosa amó á Agustín como se ama á los diez y ocho años: con toda el alma, sin prevención ni cálculo. Agustín era el ideal que la hermosa pucela soñó; amalgamáronse sus espíritus, el de «él» y el de «ella», y su aspiración única era la de vivir en tal comunión de afectos por una eternidad. Y... quebráronse como cañas azotadas por el ábrego, las ilusiones, ante la despótica orden de la avaricia... Papá y mamá apreciaron, ¡soberbio aprecio!, que Rosita valía tantos miles de duros, y Agustín... ¡ni un céntimo! Hé ahí todo el obstáculo... Y de la noche á la mañana los papás obligaron á Rosita á viajar... Ella se resistió en un principio... ¡Es tan horrible viajar con sólo la mitad del alma!... Pero no hubo más remedio... Papá juraba y perjuraba en voz alta que aquel viaje era oportunísimo para la salud del cuerpo... (y del bolsillo). ¿Quién se resiste á un papá tan cariñosote, que de tal modo procura el bienestar físico de su retoño?... Y Rosita, sin tiempo ni ocasión para despedirse de su novio, alejóse de la corte, sin saber á punto fijo qué paraje salutarífico la serviría de estancia...

Agustín, sorprendido de aquel huir sin causa justificada, mesóse los cabellos, pataleó, y su boca dió rienda á la desesperación en palabrotas y juramentos contra la ingrata.

Objetarás, lector, que pasado algún tiempo, pudo el galán saber por carta de la dama cuáles motivos obligáronla al viaje, y cómo la angustia apoderóse del espíritu... Santo y muy bueno que así lo estimes prudente, y lógico es tu discernir, pero has de saber que unos papás ladinos saben mañosamente interceptar cartitas, y que éstas, en vez de ir al buzón postal, mueren en los lares de las chimeneas ó se hacen añicos...

II

¿Comprendes ahora, lector, el por qué Agustín sentó plaza de calavera y perdonavida?... Quiso borrar el amargor de aquella aventura amorosa; quiso castigarse él á sí propio, creyendo de buena fe que su sinceridad había acreado la falsía de Rosa; la creía culpable, y ciego, sin discurrir—que esto huelga en amante que se juzga desdeñado—buscó en amores y placeres ficticios aquellos otros puros y reales que le mostró su ardiente pasión y le negó su mala suerte... Una mujer habíale ocasionado tan gran pesar, pues él se vengaría, no muy noblemente por cierto, en un número ilimitado de mujeres. La pena del Talión: ojo por ojo. Y cuando *in mente* se dan hospitalidad á esta clase de venganzas, el hombre es un lobo carnicero que no respeta rediles y entra en ellos astutamente y roba á mansalva cuantas corderas tienen la desgracia de salirle al paso.

Y ya cerrado el paréntesis que hubo de abrirse para que conocieses, lector, quién era el protagonista, sigue su curso la historia:

Consuelo, la vecinita de Agustín, valía la pena de pasarse (como el joven se pasaba) las noches en claro, asomado al balcón, con la mitad del cuerpo fuera de la barandilla, charla que te charlarás promesas y dulzores.

Consuelo, sugestionada por aquel dulce pali que del vecino, el cual no le resultaba ni con mucho antipático, fué insensiblemente aficionándose á Agustín, y no es de extrañar que éste, aprovechando una coyuntura favorable, viniese en ganas de declararla un amor tan falso como brillantemente expresado, en conceptos un si es no son románticos y *cursis*, ni menos aun hay de qué asombrarse al venir en conocimiento de que la vecinita aceptase el amorío y correspondiese á él con todas sus potencias. La pobre inocente no presintió que, andando el tiempo, era casi seguro que figuraría en la lista de esas muchachas honradas á quien el fatal cuarto en el reloj del amor las hunde en una desesperación de algunos miles de horas.

Pasaron algunos meses; Agustín, dicho sea en justicia, sentía reparos en llevar á término su aventura; ¡era tan cándida la vecinita! ¡Le quería tanto!... Además, parecíase mucho á Rosa... Y este parecido empujábale por un lado á tomar el desquite, y por otro deteníale un extraño remordimiento. La conciencia le acusaba: «¡Qué! ¿Sabes tú si Rosa, llevada de su propio albedrío, huyó de ti?... Y aunque así sea, ¿vas á sacrificar el pudor de esa inocente niña por un capricho tan estúpido y malsano como el tuyo?...» Y en esta disyuntiva sucedíanse los días, y lo que la maldad construía, sañuda y arteramente, destruía el bien que, aun en los espíritus más emponzoñados, surge para contrarrestar el homicidio, influjo de las pasiones... Y Consuelo sentíase cada vez más y más enamorada del que de continuo acechaba su pudor.



J. Bermudo Mateos lo pintó.

FOTOG. DEL ORIGINAL POR J. LAURENT Y C.^ª

EN GUIGNOL. — LOS PALOS DEL PIERROT



Alejandro Ferrant Fischermans lo pintó.

CISNEROS, FUNDADOR DEL HOSPITAL SITUARIO DE LA CARIDAD DE ILLESCAS
Primera medalla.

FOTOG. DE J. LAURENT Y C.^{IA}



INSTALACIÓN DE LA REPÚBLICA DEL URUGUAY

FOTOG. DEL NATURAL DE J. LAURENT Y C.^ª

III

Preocupóse por un momento la imaginación de Agustín con una nonada que en sí no merecía la pena; frente por frente á su casa hallábase situado un hermoso palacio... ¿Quiénes podrían ser sus misteriosos habitantes?... Porque los balcones nunca se abrieron, ni por casualidad pudo atisbar la silueta de alguno de sus moradores; únicamente el portero recostaba de vez en cuando su lucido uniforme en la piedra del dintel... Y venir en conocimiento de la posición social de los dueños del inmueble, era cosa peliaguda á no abrir inquisitoria cerca del genizaro porteril...

Aquella noche, una magnífica noche de estío, estaban Consuelo y Agustín asomados á los balcones de sus respectivas casas... La conversación que sostenían era como un susurro; el cambio de ideas y pensamientos verificábanlo á la sordina, y no por temor de la vecindad ni menos aun de los transeúntes; la hora era intempestiva para curiosos: las tres de la madrugada.

El espíritu del mal dictaba á Agustín sus palabras; la inocencia de su interlocutora alentábale á tan criminoso proceder. Habían convenido los novios en verse al día siguiente por la tarde en un sitio lejano... y á solas; era la primera vez que podrían gozar de tales ventajas.

Se interrumpió la conversación ante un espectáculo imprevisto: los siempre cerrados balcones del palacio habíanse abierto... Consuelo y Agustín, mudos de sorpresa, miraron al interior de las habitaciones á que correspondían los huecos descubiertos... Era una alcoba femenil á juzgar por el alegre conjunto del decorado rosa y oro... El lecho, descorridas sus colgaduras de encaje, dejaba ver un cuerpo de mujer, joven y hermosa, que semejaba un ángel de cera dormido... Era una muerta, sí... Lo atestiguaban aquellos criados silenciosos vestidos de luto que entraban en la habitación, aquellas dos hermanas de la Caridad que con la cabeza caída sobre el pecho y las manos ocupadas en recorrer las cuentas del rosario, parecían rezar... En la habitación inmediata á la alcoba, unos hombres entraron con tablonos negros... Consuelo y Agustín, mudos espectadores, seguían curioseando con esa vaga tristeza que origina la contemplación de la muerte aquellos fúnebres preparativos... Interrumpió el silencio de la noche el martillar de los carpinteros que levantaban la cama imperial; cubrieron el armatoste con luctuosos paramentos; cuatro candelabros, uno por cada esquina, sustentando recios blandones de cera, fueron encendidos... Cerróse el balcón que correspondía á la alcoba... En el cuarto donde habíase emplazado el túmulo, reinaba una intensa claridad que brillantaba las molduras de las paredes y daba de lleno sobre los cuadros al óleo que recubrían aquéllas... La puerta del fondo fué abierta para dar paso al féretro de lujo que traían á hombros cuatro criados... Depositaron aquél cuidadosamente en la fúnebre cama; los reflejos de los hachones, como rayos de sol á través de la niebla, caían sobre el cadáver... Dios mío, ¡qué pena más grande es posar la vista sobre el inanimado cuerpo de una joven que semeja dormir plácidamente y no ha de despertar jamás! Agólpase á la mente aun en el ser más estoico, una legión de ideas que al desarrollarse atenacean el corazón y anublan los ojos...

Al contemplar un cuerpo yerto, el que vive experimenta frío, mucho frío... ¿Fué ésta la causa que motivó aquel suspirar angustioso de Consuelo y Agustín?... En Consuelo, así fué. Por una de esas evoluciones inexplicables del espíritu, sintió un terror vago al cotejar aquel cuerpo ayer juvenil, hoy deshecho su organismo, mañana convertido en la nada, con el suyo propio... ¡Morir tan joven!... Verse encerrada en una caja; dejar el mundo cuando éste parece brindarnos un sin fin de dichas, cuando las ilusiones, como las más brillantes mariposas, revolotean, deslumbrándonos en torno nuestro; cuando el cielo se nos antoja espléndido manto que parece cubrir la dicha que emana de nuestro pecho y que la fantasía imagina poblado todo, lo mismo la tierra que sustenta la flor, como la atmósfera cruzada por el pájaro... Despedirse para *in æternum* de los padres, no verlos más, abandonar así la vida cuando aun resuena en el oído la más dulce y engañosa de las promesas de amor, dicha atrevidamente por el novio y escuchada con toda complacencia, por más que el rubor tiña con rojos colores las mejillas... ¡¡Qué horrible!! Agustín experimentó no sé qué insólito malestar ante aquella armazón negra que iba á sustentar el féretro; luego, cuando colocaron éste allí y las luces iluminaron vivamente el cadáver, experimentó algo así, como si descargasen sobre su cerebro un mazazo; anublósele la vista, creyó encontrarse en el fondo de un abismo poblado de sombras y en cuyo centro danzaban locamente unas lucecitas fosforescentes... Quiso gritar, y sólo un suspiro de infinita desesperación exhaló su garganta.

.....
La muerta, ¡gran Dios!, era Rosa; la más pura y fragante rosa convertida en lirio agostado.

IV

Lector, el artículo finaliza; por si tu curiosi-

dad no queda aún satisfecha, te diré que meses más tarde, Agustín y Consuelo celebraban sus nupcias.

Agustín era un ciego: la primera luz que había iluminado su alma, brotó de nuevo á la vista de aquel ángel dormido que nunca más despertaría.

La muerta había salvado el pudor de la viva, inspirándole el bien al gran descreído en amor.

ALEJANDRO LARRUBIERA.

Madrid, 1892.

ÁTOMOS

Mi vida es un hastío intermitente ligado á una esperanza en lo futuro con una decepción en el presente.

He aprendido luchando por la gloria, que es la cosa más grande y la más vana, á hacer como que guardo en la memoria los no logrados triunfos del mañana.

Hacer de un sueño loco una esperanza es gozar en un bien que no se alcanza.

Es cosa averiguada que en la vida ama más pronto el que mejor olvida.

No pretendas ser sabio si la quieres, y ten por entendido que siempre se han reído de los pozos de ciencia las mujeres.

Pasión que nace y muere en una hora es día sin crepúsculo ni aurora.

Hay crímenes de amor tan tentadores, que hasta el hombre más firme de conciencia resulta criminal en sus amores.

Conozco una mujer tan vanidosa que su propia virtud sacrificara á su reputación de virtuosa.

Mirad si soy yo raro que á la mujer que adoro desde niño no la he dicho en diez años de cariño lo que cuesta un minuto de descaro.

M. PÉREZ DE LA MANGA.

LOS MUNDOS MARCHAN

(DIÁLOGO INTEROCEÁNICO)



N o siempre es el sueño el reposo. Es, algunas veces, no más que una variante, pequeña y fatigosa, de la actividad humana. En la especie de dualismo que hay ó parece haber en nuestro ser, rara vez están en armonía los dos formidables elementos que lo componen. El espíritu, de algún modo hay que llamar á lo que ello sea, remonta el vuelo y se abisma en los espacios sin término, superando en su atrevida carrera hasta las asadas parábolas de los cometas. Créese libre sin ver que de sus alas de acero pende cadena áurea y sutil, la cual tira de él allá desde muy lejos, desde un imperceptible punto del universo llamado tierra, donde hay algo mucho más imperceptible todavía, un trozo deleznable y maravilloso de arcilla humana que tiene el otro cabo de la misteriosa cadena.

El espíritu, rebelde y más ó menos puro que su compañera, no descansa jamás. El llamado sueño suele ser el campo de sus más raras aventuras. Voy á referir uno de estos sueños, que no lo es tanto como parece.

**

Yo vi, como efecto de extraña fantasmagoría, planificarse la redonda espalda del Globo, quedar el mar silencioso é inmóvil como poseído de plácido recogimiento, y sobre la vasta superficie dibujarse dos sombras colosales que iban acercándose una á otra, á medida que se levantaban de dos extremos opuestos y lejanos, dos figuras gigantescas que parecían querer acariciarse en el sereno espejo del Atlántico. Cada una se des-

tacaba delante de un sol. El de la una era vivo como el de Oriente. El de la otra pálido, como el de Ocaso.

— ¡América!

— ¡Europa!

Estos dos nombres resonaron bajo la celeste bóveda como contestación de una á otra parte, y tan distintos y claros se percibían, cual si fueran humanas voces que dentro de proporcionado recinto aquellos dos nombres pronunciaran.

Eran dos mundos. Más amorosos que los hombres se buscaban poseídos de esa atracción, sentimiento que late en el corazón del universo.

Europa, sobre la cumbre de los Alpes, inclinaba su busto de matrona. Su vestidura armonizaba la túnica helénica y la toga romana. Aunque varonil todavía y poderosa, llevaba en su rostro impreso un sello de amargura y tristeza profundas.

América, joven, casi niña, se incorporaba perezosamente sobre deliciosa hamaca, á la que daba sombra árboles de ramas espléndidas. Su moreno rostro animaba caldeada sangre tropical, y la mirada de sus ojos de entornados párpados se sumergía en el dilatado Océano, contemplando á Europa con sonrisa majestuosa no exenta de orgullo.

Europa.—Quiero hablarte, hija mía.

América.—¿Yo tu hija? ¿Por qué me das ese nombre? Vine al concierto de los mundos como tú. Soy grande y opulenta, pues tengo riquezas dignas de la fábula, y el Potosí ha eclipsado á Golconda. Antes de que vinieran tus españoles tenía yo imperios poderosos, y los ojos de aquellos temerarios quedaron pasmados de asombro ante mi grandeza y mi hermosura. ¿Por qué, pues, he de llamarte madre?

Europa.—Tú no eres, América, antigua. El indígena americano ha quedado casi como extranjero en su patria. Hoy deleitas tu oído con el sonoro y grave ritmo de la lengua castellana, que desde la Tierra del Fuego á la república de Méjico vibra con eco inmortal, y recreas tus ojos en la opulenta Nueva York y en Chicago, y respiras de satisfacción á la sombra del capitolio de Washington, reproducción energética de aquél que levanté yo en mi inolvidable ciudad de las siete colinas. Mi raza, donde quiera que va, se enseñoorea, y á ti te ha dado una segunda existencia, que es de la que hoy estás orgullosa.

Los recuerdos de tus antiguos imperios no son más que una sombra en tu pasado. También yo los tuve, sus nombres resuenan de siglo en siglo constituyendo mi más adorable recuerdo, el más hondo esparcimiento de mi existencia helénico-latina. Esa fibra de mi corazón latirá mientras yo viva, y me hace mirar con terror en tu seno los hechos de esa raza de mis primeros amores. Te contemplo y á veces me figuro verte semejante á mí en aquellos cruentos días cuando los hombres á la sombra de la cruz santa que escarnecían, y guarecidos tras un poder que ultrajaban, blandían la tea del exterminio, que prendió tantashogueras, cuyo rescoldo aun me abraza las entrañas. Pero á mí me han combatido todas las pasiones sin consumirme. Tú estás amenazada de enfermedad incurable. Por eso, yo, madre de las razas que te pueblan, quiero que te sirvan de escarmiento todos los males que he padecido en mi larga vida.

América.—Tú, mi pretensa madre, que alardeas de amor á los latinos, piensa que entre ellos no más reina la discordia, ellos trajeron de ti las semillas venenosas.

Europa.—Por eso me dirijo á ti, América latina, pero no me echés en cara tus desmanes. Sobre tu nueva é infantil existencia tendía mi amada y noble Iberia su mano protectora. Dijiste un día que América era de los americanos y rompiste los lazos que te unían á las antiguas metrópolis. Quisiste una emancipación como el hijo que dice al padre «ya soy hombre». Debiste quedar depurada al convertirte en raza nueva, hablando todos la misma lengua y adorando todos al mismo Dios en el mismo templo. Constituiste nuevos estados dándote leyes liberales, y yo miré con alegría á mi descendencia, y te enviaba de continuo con millares de naves mis cariñosos besos. Tú te olvidabas de mí, pero en mi corazón hondo y secular resonaba tu nombre como el de mi nueva hija, mi postrer alumbramiento, último y poderoso rayo de mis decadentes energías. Cuando vi las naves de Palos volver hacia ti, me invadió un placer comparable sólo al que sentí cuando lancé al Mediterráneo aquellas naves romanas donde iban los legionarios que destruyeron hasta en sus cimientos á la corrompida Cartago. Pero hoy, al ver tus sangrientas luchas, ciudades entregadas al saqueo y al pillaje, comprendo que echen de menos á los Emperadores y á los Incas, y hasta la cruenta pagoda azteca los americanos; pero no los de hoy, sino aquéllos que há más de cuatro siglos duermen convertidos en polvo al pie de las murallas ciclópeas, con el espíritu diluido en las tinieblas de los indescifrables jeroglíficos.

¿Qué puedes temer que no tenga su origen en ti misma? Tú serás lo que quieras ser, te encuentras abandonada á la sublime soledad de tu grandeza. Aun tenías poco há un trono, un imperio benigno, le mostraste tu voluntad hostil y cayó como si fuera de ceniza. Ya sólo estás unida á mí

por lazos de amor, amor inmortal porque late en el fondo de nuestras entrañas mezclado á la savia que anima las corrientes de nuestra propia vida. En nombre, pues, de este amor te pido una regeneración que hoy te será fácil, porque aun está sano tu organismo, pero si la infección invade tu sangre no habrá remedio.

América.—Calla, anciana. Yo no temo semejantes corrupciones. En mí se han realizado todos los principios cuya sustentación te ha costado la sangre de tantos héroes. Tú eres la corrompida, y huyendo de ti han venido á mí millones de hombres extenuados, á quienes he tenido que amamantar como recién nacidos á mis inagotables pechos. Yo soy una madre pagana, fecunda y agradecida. El hombre halla en mí todo lo que tú le niegas: riqueza y libertad. Tú has nacido bárbara y obscura, yo he nacido culta y redentora. Podré ser inquieta, pero no perversa. Cuando yo enferme, tú habrás muerto.

Europa.—¡Pobre niña! Yo he pasado por todas las humillaciones y por todos los esplendores, y de todo esto he podido adquirir algo que no tienes tú: el saber que da la experiencia. Yo he sido bárbara después de haber sido culta, después de haber caído Roma envuelta en la irrisoria púrpura del último emperador y al peso de la maldición que la sombra de Bruto debió lanzarla. Tú has nacido culta á tu segunda vida, eres grande y hermosa y estás más cerca de verte degenerada. Eres rica de sangre y de fortuna, y puede convertirte en anémica y pobre la demente lucha de banderías. A mí me arrancaron la libertad de la conciencia y á Dios de mi corazón. Hogueras y grillos me hacían rendirme ante altares donde se adoraba á los hombres que tomaban como pretexto á la cruz humilde y santa. ¡Pero tú!, que tienes la libertad en el pensamiento y á Dios en el altar, ¿por qué luchas? Te has fraccionado cuando al separarte de la bandera española una común aspiración y una unidad de miras debieron de haberte dado patria única también. Ahí no existían viejos penates á quienes pudieran irritar las más atrevidas concepciones, al contrario. Esa otra gran mitad americana donde la palabra *unión* es símbolo de vida y de fuerza, te dió el ejemplo. Multitud de ciudades florecientes cumplen allí la ley del trabajo, congregadas á la sombra de una ley que miran con cariño y respeto millones de hombres. También ellos huyeron de mí perseguidos por tiranías de política y religión, cuyas semillas, si pudieron haberse pegado á la carne de aquellos expatriados, cayeron en la radiante travesía como pasto de monstruos á las profundidades oceánicas. Esa América del Norte aborrece la lucha intestina que una vez la asoló y que se ha jurado no reproducir. Te mira con altivo desdén, considerándose superior de raza, de laboriosidad, de fuerza, y esa superioridad no puedes negarla, porque los hechos en ambas tienen indestructible elocuencia. De una llegan aquí rumores de discordia, de guerra, de bancarrota. De otra, nuevas de adelantos, de riqueza y de bienestar. Piensa que la salud de los pueblos se pierde con la misma facilidad que la de los hombres, y cuando aquéllos se ven extenuados por la anemia, el instinto de conservación les hace pedir hierro para nutrir su sangre; hierro que suele venir en grillos y en cadenas ó en la dura espada de un dominador.

No oí más. Desperté, y el sol de la mañana, vertiendo vida, alegría y eterna juventud, me hizo pensar que mi sueño de la noche anterior era algo pesimista. Europa, díjeme yo, avanza á su regeneración y América á su felicidad.

Leí la prensa. Telegramas del Nuevo Mundo daban cuenta de insurrecciones, traían amenazas de repartimientos á estilo del de Polonia y otras semejantes y bienaventuradas noticias.

Europa.—El hambre en Rusia y el Czar invirtiendo enormes sumas en armamento, mientras los de la triple alianza se esquilman para ser fuertes. No cabe duda, los mundos marchan.

M. FERRER Y LALANA.

ESPLÍN

En medio de mis dudas y quimeras apareces tan llena de hermosura, que sería feliz si me quisieras y juzgara el dolor una locura.

Perdónenme los sabios un momento y perdonen los libros un instante; hay que dar lo que es suyo al sentimiento y no siempre la ciencia es la triunfante de nuestro entumecido pensamiento. Lejos de mí los libros que presentan las verdades desnudas, y con sus frías páginas aumentan de mi razón las infinitas dudas.

¡No quiero saber más! Lo necesario la ciencia me enseñó, y aunque es muy poco he sabido que soy un pobre loco que sufre con paciencia su calvario.

Sabiendo (que no sé) cantar amores te dijera en sublime poesía que son tus negros ojos, seductores; tu voz, una cascada de armonía; que deseo aspirar de tus cabellos la esencia perfumada, y no ver otra luz que los destellos de tu hermosa y magnética mirada; que tus suaves contornos me adormecen, que tu esbeltez de garza me provoca, que mis sensuales labios apetecen los besos que palpitan en tu boca, y que anhelo gustar por un momento la oleada gentil del entusiasmo y olvidar que á mi frío pensamiento se enrosca la serpiente del sarcasmo. Pero no, son ensueños del delirio, ilusiones que forja el alma mía para aumentar el bárbaro martirio de esta vida tan llena de amargura. Eres mujer, y como tal es justo que te permitas insolentes chanzas, y puedas con tus burlas, á tu gusto, matar mis atrevidas esperanzas. ¡Me es igual! Sólo sufro cuando quiero, y en estas ocasiones..., vida mía, tengo mi noble corazón de acero y tengo mi sarcástica ironía.

Será, mi amor, la ciencia que penetra los más hondos abismos, y profunda lleva en cada palabra, en cada letra, el germen del saber, la luz fecunda de la razón humana. El arte bello renacerá á mis sueños de alegría, con su chispa genial, con su destello de encantadora y dulce poesía. Será, mi amor, la libertad hermosa; sumiso acataré todas sus leyes y entonaré mis cantos á esa diosa que equilibra los pueblos y los reyes. Y si hiere de nuevo tu hermosura mi vista con sus rasgos seductores, admiraré tan sólo la escultura, sin ver á la mujer de mis amores. Admiraré en tu cuerpo la armonía de sus curvas gallardas, en tus ojos la luz brillante como luz del día, las suaves tintas en tus labios rojos; pero no sentiré dentro del alma esa dulce impresión, esa tristeza que nos roban las risas y la calma y dan olas de fuego á la cabeza; no sentiré el amor que airado ruge dentro del corazón, y en él estalla con ímpetu brutal, con fiero empuje, ganando victorioso la batalla. ¿Y qué he de hacer si al fin la horrible suerte á este rudo sarcasmo me condena? Aguardaré con ilusión la muerte, arrastrando mi bárbara cadena.

FEDERICO DE SANCHO.

EN PLENA FANTASÍA



La pública notoriedad era en todo Tolosa, pero sobre todo en mi familia, que el primo Rabassol, partido como simple marinero para los mares de la China, había regresado—gracias al amor de la emperatriz Koukouli—tan colosamente rico, que compró á su vuelta el más soberbio hotel de Marsella. Estábamos todos muy orgullosos, pues además de que es siempre lisonjero tener un pariente que ha hecho cocos á una de las grandes soberanas del mundo, mi primo no dejaba jamás de citarnos en sus cartas los huéspedes distinguidos que le hacían el honor de ir á su casa.

No iban á ella sino príncipes, embajadores, almirantes, millonarios. Hablaba también de sus salones, de sus invernaderos, de sus cuadras. Sus descripciones me recordaban vagamente las de los jardines suspendidos de Semíramis. Yo me formaba de ese glorioso consanguíneo, una idea en todo fastuosa, la de un nabab en medio de una

corte, la que en lugar de costarle dinero le proporcionaba más todavía.

Una vez, habiendo obtenido un premio en mi examen de matemáticas, y habiéndome preguntado los autores de mis días qué recompensa me sería agradable, les manifesté el furioso deseo de dar un paseo por Marsella. El viaje era costoso, pero una vez llegado, no tendría que hacer gastos, puesto que mi primo Rabassol nos suplicaba siempre, confiando en la distancia, que aceptáramos hospitalidad en su casa. Esta razón, que me parecía estar en mi favor, casi hizo fracasar mis deseos.

—¡Yo no quiero, exclamó mi padre que era un sabio, que este niño vaya á casa de su primo! Tomará allí hábitos de lujo superiores á su condición, y volverá insoportable. La sociedad de los almirantes y de los embajadores le enseñará á despreciar la nuestra.

Pero mi madre abogó por mí. Yo estaba en edad de comprender las distancias sociales y de no deslumbrarme por una fugitiva opulencia. Y además, mi primo era un hombre de buen sentido que me sabría mantener en las sanas nociones de mediocridad. Por fin era aquella una rara ocasión de hacerme conocer, sin grandes sacrificios, una de las ciudades más curiosas del universo, y esa peregrinación me inspiraría tal vez afición por la geografía, á cuyo estudio yo era rebelde. Mi padre acabó por ceder, y después de leerme en el texto los más bellos capítulos de Séneca sobre el desprecio por las riquezas,—pues el pobre hombre era un maravilloso latinista,—me abrazó y despidió, partiendo vestido con mis mejores ropas para hacer honor á mi primo desde mi llegada.

Yo tenía la dirección de su casa cosida en el forro de mi sombrero. Cuando llegué, la di á un cochero, el que hizo una mueca canalla, y algunos muchachos limpiabotas se pusieron á reír mostrando unos dientes tan blancos como imperitentes.

El fiacre se puso á andar dando tumbos, y ya había visto desfilarse ante mí los más suntuosos barrios de la ciudad, diciéndome siempre: ¡debe ser aquí!, sin que llegáramos jamás. Entramos luego en unas calles estrechas, bastante pestilentes, mal empedradas, empero muy populosas y con numerosos martillos. Estaba ansioso por salir de ese oscuro laberinto, cuando el coche hizo alto ante una casa muy grande, pero con un solo piso sobre el principal, y de un aspecto poco atrayente, luciendo un ramo marchito sobre la puerta. Ya iba yo á gritar: ¡animal, no es aquí!, cuando un hombre grueso, de bigotes negros, hediendo á ajo, me asaltó acosándome con sus caricias. ¡Sed bien venido, Petchocem!

Y como, á pesar de haberme hablado por mi nombre, yo permanecía suspenso, mi primo Rabassol volvió á nombrarme con voz estridente. No había que dudar. Tuve que retribuir sus cariñosas demostraciones y dejar desaparecer mi balija por la puerta baja y sucia de aquella repugnante vivienda.

—Hé aquí á tu prima, me dijo luego presentándome á una mujercita muy gruesa que estaba tras un mostrador, aplastada en una silla, y cuyos ojos atravesados le daban un aire extravagante. Pero yo reflexioné..., no vayáis á creer por lo demás, que mi primo Rabassol fuese un discípulo de Tellier. No; yo estaba en honrada compañía. Solamente que aquel bellaco nos había mentido impunemente.

Indudablemente, tenía un hotel, pero era uno de los más miserables de la ciudad, una especie de posada donde alojaba á menudo, por la noche, á obreros de todos los oficios, y á veces á simples vagabundos. Pude juzgar de la sociedad que frecuentaba la casa de mi primo por algunos clientes que jugaban en una gran sala, sobre mesas grasientas, con naipes más grasientos todavía, y bebiendo alcoholes incalificables.

¿Creeréis acaso que mi sorpresa, apenas disimulada por cortesía, le avergonzó? Ni por pienso.

—Petchocem, me dijo, las costumbres de Marsella no son como las de Tolosa, donde vuestros aguiluchos elegantes se mueren de hambre, bajo suntuosos trajes. Aquí todo el mundo trabaja; la población es sumamente laboriosa y las gentes más ricas viven con gran sencillez y son franchones como todos.

Yo lo escuchaba lleno de admiración. Su proyecto era claro: continuar haciéndome creer que no recibía sino príncipes disfrazados de obreros, y embajadores con figura de rateros.

Rebajó un poco sus mentiras en los días siguientes, apercibiéndose sin duda que había confiado demasiado en mi candidez. Entonces dióme á entender que sostenía aquel establecimiento por filantropía, á fin de alojar por poco precio á las clases laboriosas, sin humillarlas con limosnas. Pero continuó religiosamente mintiéndome sobre la verdadera profesión de sus clientes. Así es que me había presentado como panadero á mi vecino de cuarto, que ejercía ciertamente una profesión nocturna, pero de muy distinta naturaleza, como pude comprenderlo después, cansado de admirarme de verlo poner grandes botas para ir á amasar pan.

Una mañana escuché un diálogo muy divertido entre mi primo y el presunto panadero. Muy

EL VERDADERO ZARAGOZANO



D. MARIANO CASTILLO Y OCSIERO

FABRICACION DE ALMANAQUES DE TODAS FORMAS

De **El Firmamento**, calendario zaragozano por *D. Mariano Castillo y Ocsiero*, hacemos cuantas ediciones reclama en el día la necesidad pública, por lo que tanto el comercio como el particular encontrarán en esta casa atendidos sus deseos.

Las ediciones á que nos referimos son las siguientes:

En forma de libro, las conocidas de primera, segunda y cartera, de las que vendemos **un millón y doscientos setenta mil ejemplares**.

De los que se titulan **Americanos ó de pared**, es tan grande la variedad de ediciones y tantos los preciosos cromos en que se fijan, que resulta tarea poco menos que imposible enumerarlo todo. Se hace absolutamente necesario el muestrario á la vista para hacerse cargo de tanta preciosidad.

De lo que resulta que, tanto el comercio como el público, pueden hallarse perfectamente servidos tomando de esta casa sus almanagues, por ser en originales del celebrado *D. Mariano Castillo y Ocsiero* y estar en los cromos á la altura de los más elegantes que se publican en Europa.—**Administración:** Plaza del Biombo, 2.

ELEMENTOS DE TERAPÉUTICA Y FARMACOLOGÍA

POR EL
DOCTOR RABUTEAU
VERSIÓN ESPAÑOLA DE LOS DRES. D. JOSÉ SÁENZ Y CRIADO
Y D. TOMÁS JÁUREGUI Y ECHAVE

Segunda y última edición.

Según la opinión de los hombres de ciencia y de la prensa facultativa de Europa, la TERAPÉUTICA del doctor Rabuteau es el libro más completo de esta importante rama de la medicina, tanto por el método y la exposición sistemática que ha dado á dicha ciencia, como por los numerosos hechos y descubrimientos personales que ha aportado á ella.

La adquisición de esta obra para los estudiantes de medicina y para los mismos médicos se recomienda por su utilidad para el estudio de esta asignatura y para la práctica de la clínica.

Consta de dos tomos en 4.º, que se venden á 16 pesetas en Madrid y 17 en provincias. Los pedidos á la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, plaza del Biombo, 2, Madrid.

HISTORIA de la HUMANIDAD

ESTUDIOS DE F. LAURENT

Profesor en la Universidad de Gante,

TRADUCIDOS POR DON NICOLÁS SALMERÓN Y ALONSO
DON ÁNGEL FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS
Y DON TOMÁS RODRÍGUEZ PINILLA

Edición ilustrada con láminas que reproducen los cartones de Pablo Chenavard y cuadros escogidos en todas las escuelas de pintura de Europa.

Condiciones de suscripción.—Esta obra constará de cinco tomos de regulares dimensiones, pudiendo asegurar á nuestros suscriptores que el precio de cada uno será de doce á catorce pesetas.

Empezaremos á publicar semanalmente, y sin interrupción, un cuaderno, al precio de 50 céntimos de peseta.

ANATOMÍA DESCRIPTIVA Y DISECCION DEL DOCTOR J. A. FORT

Director de la *Revista Quirúrgica*
y Profesor libre de Anatomía y de operaciones quirúrgicas en la Escuela práctica de la Facultad de Medicina de París.

Acaba de ponerse á la venta la tercera y última edición española, corregida y aumentada por su autor, de esta notable obra, que tanta reputación ha alcanzado en todas las Universidades y centros docentes de Europa.

Además del tratado de *Anatomía descriptiva y disección*, contiene un resumen de *Embriología y de generación* y otro acerca de la *Estructura microscópica de los tejidos y de los órganos*.

La traducción que ofrecemos á los hombres estudiosos de España y de América está hecha bajo la inspección directa del autor por el Dr. Armas y Céspedes; forma dos gruesos y elegantes volúmenes de más de 800 páginas cada uno, ilustrados con 507 grabados, por lo menos, intercalados en el texto. Precio de la obra: 16 pesetas en Madrid y 17 en provincias.

Los pedidos á la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, Plaza del Biombo, 2, Madrid.

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL

Grandiosa obra, única en que se reúne en fotografía inalterable, por *J. Laurent*, cuanto notable en pinturas modernas y antiguas tiene España, como también nuestros hermosos monumentos, la escultura, orfebrería, más las excelentes colecciones de tapices que posee la Real Casa, juntamente con los preciosos y numerosos modelos existentes en la Real Armería de Madrid.

Esta magnífica obra se compone de cuatro series, cuyos títulos son:

1.º El Arte moderno español. — 2.º Museos de España. — 3.º Monumentos arquitectónicos y la Escultura. — 4.º Tapicería de la Real Casa y Real Armería de Madrid.

Esta obra se puede adquirir completa ó por series sueltas, encuadrada en elegantes tapas: cada serie forma dos tomos, uno de láminas y otro de texto. Precio de la obra completa y encuadrada, 150 pesetas; por series sueltas, á 38 pesetas.

El texto de esta obra está redactado por la brillante pluma del Excmo. Sr. D. Pedro de Madrazo, eximio literato y eminente crítico de artes.

Se halla de venta en la Administración, Plaza del Biombo, 2, Madrid, y en las librerías.

OBRA DE SENSACION

ESTUDIOS DE ECONOMÍA SOCIAL

DE D. RAFAEL MARÍA DE LABRA

Este importante libro, en el que se tratan cuestiones pedagógicas de actualidad y el problema obrero que tanto preocupa á la sociedad moderna, está escrito en forma expositiva y amena, con objeto de popularizar su historia y desarrollo entre las clases populares.

La obra se divide en tres partes: la primera se refiere á *los fundamentos de la escuela contemporánea*; la segunda estudia *la cuestión social*, y la tercera se relaciona con *el obrero de nuestros tiempos*.

Se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias, y en la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, Plaza del Biombo, núm. 2, Madrid.

Precio de cada ejemplar: 3 pesetas.

ESPAÑA Y AMÉRICA

LA MÁS ARTÍSTICA Y MÁS BARATA DE LAS REVISTAS ILUSTRADAS DE ESPAÑA

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

El periódico, acompañado con uno de los tres lotes que á continuación insertamos,

2 REALES POR CADA REPARTO

Lote 1.º—Año Cristiano, por el Padre *Juan Croisset*.—Jesucristo, por *Mr. Louis Veuillot*.—Diccionario de la lengua castellana, por *D. E. Marty Caballero*.—Aventuras de Gil Blas de Santillana, por *Mr. Lesage*.

Lote 2.º—Historia del movimiento republicano en Europa, por *D. Emilio Castelar*.—Tratado completo de Agricultura moderna, por *D. Gumersindo Uicuña* y otros distinguidos colaboradores.—Tratado completo de Contabilidad, por *D. Francisco Tejedor y González*.—En alas de la fortuna, por *D. Julián Castellanos y Velasco*.

Lote 3.º—Luchar contra el destino, por *D. Julián Castellanos y Velasco*.—La misa negra ó el tesoro del fantasma, por *D. Julián Castellanos y Velasco*.—Candelas y los bandidos de Madrid, por *D. Antonio García del Canto*.—Los mares de arena y las ciudades subterráneas, por *D. Ramón Ortega y Frias*.

El reparto de las obras se hará por cuadernos unidos al periódico y turnarán siempre las cuatro obras de cualquiera de los tres lotes.

El lector que desee más detalles puede pedirlos á los agentes ó correspondientes, ó bien á la Administración de esta casa.

Centros de suscripción: En las principales librerías de Madrid; en el despacho central de fotografías de *J. Laurent y Compañía*, Carrera de San Jerónimo, 31, y en la peluquería de *Antiguos oficiales de Prats*, Puerta del Sol, 13.

Número suelto, 50 céntimos de peseta en España y 75 en el extranjero.

Cuba y Puerto Rico: Un año, 6 pesos oro. — Administración, Plaza del Biombo, 2, Madrid.